

Arturo Alcayaga

Vicuña, Ciudadano

Del Cielo

UNA noche, en que la tristeza nos tenía a todos los habituales contertulios de "La Antoñana" bastante en platos de amargura, decidimos, con Irma Astorga, salir a recorrer las calles, sin rumbo ni meta. Fue una idea feliz, porque, súbitamente, en una esquina, se nos vino encima un aerolito: era el doctor Arturo Alcayaga Vicuña, pletórico de savias cósmicas, que nos detenía para llevarnos a su departamento de Teatinos casi en Compañía y leernos su libro "En la Trasmano de la Atmósfera o la Descalcificación del Caballero". Accedimos con placer. Pronto la cabeza se nos llenó de puntas de fuego: eran las preposiciones que, en vigoroso juego, movía Arturo Alcayaga, otorgándonos un fuerte redoble de cábala a sus palabras:

*"Entre y hacia y a nivel de planetas
(con músculos decobre".*

La pieza comenzó a brillar, como si filamentos astrales colgasen de todas partes. Alcayaga Vicuña ordeñaba estrellas, caían natas celestes encima de nuestras cabezas. Alcayaga Vicuña rompía el cántaro de la Vía Láctea... Hoy sus pinturas no varían la ansiedad inicial; en unas declaraciones suyas leemos que: "Mis cuadros reflejan ventoleras astrales, velocidades amadas, órbitas que gritan, eternidades de amores volteadas por meteoros". Esas "órbitas que gritan" podrían salir de cualquier poema de Pablo de Rokha. Alcayaga anhela pintar inventando "nuevas estrellas, nuevos soles". Es el puro y profundo grito de Rimbaud y del Gauguin de los caballos rosados. Juan Uribe Echevarría analiza *Poesía y Pintura del Supercosmos* en Alcayaga, acercándolo, sensible e inteligentemente, al lector y al espectador no habituados a estos sucesos que acontecen "por encima de las islas que hirvieron cataclismos." (Ediciones de la Revista "MAPOCHO", Tomo II, N.º 2 de 1964.) Es un trabajo en alturas de gracia e inteligencia.

Mientras lo estudiamos, recordamos al querido Arturo, tan ardiente, tan humano, tan "de esta tierra". Y lo recordamos no sobre una nube, sino que, en mangas de camisa, aconsejándonos con exaltada palabra de don Juan de la Rosa de los Vientos:

—Haz lo que yo: junta plata y lárgate a Cuba y, allá, serás emperador de cien mulatas maravillosas...

(Hablaba de la otra Cuba).

O lo recordamos, cierta mañana, en Casablanca, también en mangas de camisa, volviendo raqueta en mano de una cancha de tenis. Viajábamos con Luis Arenas Gómez y el doctor Antonio Martinic. Alcayaga reía bajo el sol. Hoy comprendemos por qué: porque se burlaba de nosotros apareciendo como tenista normal, cuando verdaderamente sus partidas principian a medianoche, cuando su raqueta sideral salta la red secreta de los espacios